



REVISTA DE LOS CAZADORES.



APUNTES SOBRE ARMAS ESPECIALES DE CAZA.

(Continuacion.)

Pasemos al modo de usar el rifle. En primer lugar hay que graduar las alzas para que á determinadas distancias se junte la línea de vuelo de la bala con la de puntería. Las alzas deben ser tres: la primera para 100 varas *medidas* de distancia; la segunda para 150, y la tercera para 200 varas, con lo cual hay bastante para las necesidades de la caza; pues la práctica enseñará al aficionado lo que ha de bajar ó elevar la puntería á menor ó mayor distancia, así como á medir con la vista lo que le separa de la pieza. He conocido á varios que tenían tal seguridad en el golpe de vista, que nunca se equivocaban en diez varas, á distancia hasta de 500, por accidentado que fuese el terreno. Las alzas son como tres hojas de un libro, fijas por medio de una charnela ó gozne, en una base que se pone sobre el cañón á cola de milano, de modo que el centro de las alzas (que debe señalarse con una raya perpendicular para evitar variaciones al hacerle el corte más ó ménos profundo que sirve para ver el punto bien en medio) caiga, así como el punto que se fija en la boca del

cañón, exactamente perpendicular al centro del ánima del cañón, para que la línea de puntería coincida matemáticamente con la dirección del tiro, siendo bastante la diferencia de un grueso de cabello para producir una vara de deviacion á las 200 de distancia.

Fijados los dos puntos de mira (el de la boca á una pulgada del extremo para evitar que se tuerza al apoyar el arma en cualquier tronco de árbol, y el de las alzas á cuatro ó seis pulgadas de la recámara), se tomará el molde de balas, si estas son cilindro-cónicas, y se llenará de pólvora buena, pero no demasiado fina, pues el rifle requiere, según las experiencias de todos los países, pólvora más bien tarda en arder, que no la que se inflama instantáneamente; y esta cualidad la tiene la pólvora de grano mediano (como simiente de adormideras, ó sea como nuestra antigua pólvora de 5 rs. la media libra), mientras que la demasiado fina aunque arde con más rapidez, no lo hace con tanta igualdad, no desarrolla los gases tan suavemente, y apresura demasiado el primer empuje, resultando ménos gradual el vuelo de la bala en el trayecto del cañón, y más facilidad para que rasgue la bala. En seguida se mide la pólvora que ha cabido en

el molde, y se anota para que sirva de base á los ensayos del arma para fijar la altura de las alzas de las varias distancias. Hay que observar que este dato no es absoluto, pues hay armas que por sus circunstancias especiales queman más ó menos pólvora de la que corresponde á su calibre. Pero sin embargo, es bastante aproximado para que sirva de punto de partida. Si es para bala esférica el arma, se hace un cartucho en que quepa justa la bala, se señala la altura á que llega, se saca la bala, se corta la parte sobrante del cartucho, y queda la medida provisional de la cantidad de pólvora. Después se carga el arma y se tira (por supuesto con bala) para ver si rechaza ó no con esta cantidad; si no se nota culatazo, se le vá aumentando muy poco á poco la pólvora hasta que se note que principia á quererse sentir en el hombro el rechazo, y se fija la boquilla de la carga en el punto correspondiente; si, por el contrario, se siente el empuje con la primera carga, se disminuirá hasta que casi no se sienta en el hombro, fijando entonces la cantidad en la boquilla del frasco ó cargador. Esta operacion es importante y no se debe fiar al acaso, pues es la base del modo de conseguir buen resultado con el rifle. Todo rifle que rechaza descompone el tiro, y hace perder la puntería, moviéndose el arma en el acto de salir el tiro; y el que no lleva la cantidad de pólvora que debe y puede, aunque á corta distancia lleve la bala con mucha exactitud, no le dará la fuerza y el alcance, ni la penetracion necesaria para sacar el partido que se desea.

M.

(Continuará.)

EL PAVO SILVESTRE.

POR M. AUDUBON.

(Continuacion.)

Acontece á menudo que las hembras prefieren las islas para depositar sus huevos y criar los pequeñuelos, sin duda por ser lugares que los cazadores frecuentan ménos, y porque las grandes masas de madera flotante que se acumulan en sus orillas les ofrecen un asilo más seguro en los momentos de peligro.

Al encontrar á estas aves en parajes de tal naturaleza, he observado que era suficiente disparar una escopeta para que todas huyesen con precipitacion, poniéndose á salvo en aquella masa de madera flotante. Pero más de una vez no he vacilado en asaltar esas grandes masas, que tienen hasta diez y veinte piés de elevación, para buscar la pieza que yo sabia se hallaba oculta.

Si pasa un enemigo á vista de la hembra cuando se ocupa de poner ó encubar sus huevos, no se mueve, á ménos que llegue á entender que ha sido descubierta; así permanece en su guarida hasta que ya pasó el peligro. Muchas veces me fué posible acercarme hasta cinco ó seis pasos de un nido, cuya posición conocia previamente, teniendo cuidado de tomar un aspecto distraído, silbando ó hablando á solas: la hembra no se movía; pero si andaba con precaucion, fijando en mí la vista, y cuando me acercaba á la distancia de veinte ó treinta pasos, tomaba un ademán fiero é imponente, y echaba á andar con aire resuelto, cloqueando de vez en cuando.

Raro es que abandonen su nido cuando es descubierto por el hombre; pero creo que no lo recobran cuando una serpiente ó algun otro animal ha destruido sus huevos. Si al dirigirse la hembra en busca de ellos no los encuentra ya ó solo halla sus despojos, no tarda en llamar á un macho. También acontece que algunas pavas se asocien tal vez para su mútua seguridad; en tal caso depositan sus huevos en el mismo nido y mancomunadamente crían sus polluelos: el nido comun es custodiado por una de las hembras: así es que ni la corneja ni el cuervo osan aproximarse. Una vez he visto tres hembras reunidas, y entre todas incubaban cuarenta y dos huevos. La madre no abandona sus huevos, por apremiantes que sean las circunstancias en que se encuentre, cuando los pequeñuelos se aprestan á romper el cascaron. Llega su perseverancia hasta el punto de consentir que se la cerque por todas partes y se la aprisione. He sido una vez testigo del nacimiento de una nidada de pavos, que velaba yo de muy cerca con el fin de apoderarme de los pequeñuelos, juntamente con su madre. Me tendí en tierra, y caminando á gatas, me adelanté hasta la distancia de algunos piés, y ví á la

madre, que por su parte tambien me habia visto, mirar á sus huevos, de los cuales todavia no habia salido ningun pollo, con una expresion de inquietud; cloquear de un modo propio de la hembra en estas ocasiones, separar en seguida con cuidado los fragmentos de cascara, cuando los pollitos le habian roto ya, y acariciar con su pico á los pequeñuelos que, en pié ya, aunque vacilantes, se esforzaban en salir del nido.

(Continuará.)

CARTAS DE JULIO GERARD

SOBRE LA CAZA DEL LEON.

IV.

GHELMA 1.º de Setiembre de 1846.

Señor Director. Las fiebres, que no me dejan un momento de reposo, y una expedicion de dos meses al Sur, me han impedido cazar el leon hasta ahora.

El 18 de Mayo un leon pardo atravesó la columna expedicionaria cerca de Vued-Melah, en el país de Kessenna: me puse sobre sus huellas y logré herirle mortalmente. Al siguiente dia los indigenas se disputaban su cadáver.

Á mi vuelta de la columna, los habitantes de Mah-Ounah se lamentaban de que un leon negro habia tratado de devorar dos naturales del país. Estos indigenas debieron su salvacion á un árbol que hallaron en su camino. Siempre enfermo, y sabiendo lo puro y sano de los aires de Mah-Ounah, pedí y obtuve permiso para ir á buscar en aquel bellissimo país un alivio á mi enfermedad.

Me hallaba en el país de los Ouled-Hama, donde habia matado el 13 de Agosto un solitario monstruo, cuando el llamado Lakdar-bil-hady, del país de Boulérbeigh, me salió al encuentro.

«Salud al matador de leones, me dijo. Habiendo tenido noticia de que te encontrabas entre nosotros, vengo á tí. Desde el invierno último te has olvidado por completo de tus buenos amigos de Mah-Ounah, y desde entonces un leon viejo nos ha devorado cuarenta y cinco carneros, un jumento y veintinueve bueyes. Estamos casi arruinados; ni podemos gozar del reposo durante la noche, ni nos atrevemos á bajar al río durante el dia. Abdallah el cantor y Mohamed-ben-Ismael, hubieran sido devorados sin la ayuda de Dios y de un olivo. Hermano: nosotros creemos que el leon viene del Sur, donde habrá sido engañado por los malvados que decian, «Gerard ha muerto.» Ni yo ni los sábios nos engañábamos al decir: los musulmanes no matarán jamás á nuestro amigo, porque Dios le protege;

pero el leon, que es malvado, creyó á los malvados, y ha venido á sembrar la desolacion y el espanto entre tus amigos, á arrebatarnos sus ganados, y á vengar la muerte de sus hermanos muertos por tí.

«Sabemos que te encuentras enfermo y que no has venido entre nosotros para cazar; pero sabemos tambien que tu fuerza no reside como la nuestra en los brazos ni en las piernas, sino en tu corazón de acero. Así, cuento que nos escucharás y que traerás contigo la paz entre nosotros. Tu caballo no comerá más que dátiles y cebada, ni beberá más que leche. Tú, hermano, coparás con tu sola presencia á nuestro enemigo comun, y si no quiere reconocerte, y te decides á matarle, te será fácil: nuestros marabutos y nuestros sábios lo han dicho. Adiós; voy á entender un tapiz bajo la higuera donde acostumbrabas á reposar, y esta tarde, cuando la brisa comienza á soplar, te esperamos. Hasta la vista. ¡Que la paz sea contigo!»

Aquella misma noche me trasladé á la casa de Lakdar, donde pasé algunos dias sin encontrar al leon. El 26 por la tarde, Lakdar me dijo: «El toro negro falta del ganado; el leon ha vuelto; mañana al amanecer iré á buscar los restos del toro, y si los encuentro, ¡desgraciado del leon!» Al segundo dia, aún no habia salido el sol cuando Lakdar estaba de vuelta. Cuando desperté se hallaba inmóvil sentado cerca de mí. Su rostro estaba radiante, su albornoz empapado de rocío; sus perros, echados á sus piés, se hallaban cubiertos de cieno porque la noche habia sido borrascosa. «Buenos dias, hermano, me dijo; ya le he encontrado..... ven.»

Sin hacerle la menor pregunta, le seguí. Despues de haber atravesado un gran bosque de olivos salvajes, descendimos á una calzada en que las rocas y materiales hacian muy difícil la marcha. En lo más escondido de la selva nos encontramos el cadáver del toro. Las ancas y el pecho habian sido devorados; el resto estaba intacto. Dije á Lakdar: «Dame una galleta y agua, y márchate, encargando que nadie venga aquí hasta mañana.» Cuando hubo marchado me instalé al pié de un olivo salvaje, á tres pasos del toro. Corté algunas ramas para cubrirme por detrás, y esperé.

Esperé mucho tiempo. A las ocho de la noche los débiles rayos de la luna que se ocultaba en el horizonte, alumbraban apenas aquel rincón de la selva, donde iba á tener lugar una escena magnífica. Apoyado en el tronco del árbol, y no pudiendo distinguir los objetos que se encontraban cerca de mí, escuchaba solamente.

El ruido de una rama que se rompe sonó á lo lejos, y me levanté al oírlo, tomando una posicion cómoda y ofensiva á la par. Apoyé el codo

sobre la rodilla izquierda, el fusil á la cara y el dedo sobre el gatillo: aguardé un instante sin percibir nada. Por fin escuché á treinta pasos de mí un ruido sordo que se aproximaba por momentos. Al ruido sucedió esa especie de gruñido gutural que indica en el león la señal del hambre. Despues el animal calló, y no le apercibí hasta que su cabeza monstruosa se veía sobre el lomo del toro. Comenzaba á despedazarle cuando le introduje una barra de hierro á una pulgada del ojo izquierdo; rugió de nuevo, se levantó sobre sus patas traseras, y entonces le envié otra barra que le abatió. Este segundo tiro le alcanzó en el pecho, y extendido sobre el dorso, no agitaba más que sus enormes patas. Despues de cargar otra vez mi carabina, me aproximé, y viéndole casi muerto, le asesté una puñalada al corazón; pero por un movimiento involuntario, paró el golpe con el antebrazo, y la hoja saltó. Viéndole levantar de nuevo su espantosa cabeza, me eché hácia atrás, enviándole otros dos tiros que le remataron. Inútil me parece que os hable del agradecimiento que me han demostrado los árabes de este país.

Recibid, etc., etc.

JULIO GERARD.

DOS DIAS EN EL TIROL BÁVARO.

En el verano de 18... me hallaba en Baviera y en casa del conde M., á quien me habia recomendado un alto personaje que honraba á mi padre con su amistad, y á quien debí el más paternal cariño, y muchas relaciones de las más agradables que he tenido en mi vida, cuya memoria conservaré siempre con afecto y gratitud. En una de sus reuniones tuve el gusto de encontrar á W. Spence, *jóven inglés, antiguo condiscipulo mio en la universidad de Lóndres, tan aficionado á las artes como á la historia natural; por lo que simpaticizábamos mucho y tuvimos un gran placer en vernos reunidos tan inesperadamente. Él venia de Italia, donde hacia poco se habia casado con una jóven florentina, verdadero tipo de estatua griega, siendo además tan amable como bella. Me habló de sus proyectos, y entre otros de ir á pasar unos dias en el Tirol para enriquecer su álbum con vistas de aquellas montañas, y al mismo tiempo su colección de historia natural en todos sus ramos, convidándome á que le acompañase en su expedicion: despues de fijar las bases, dia y hora de salida, quedamos citados para hallarnos en Tegernsee.*

Puntuales á la cita, llegamos á los pocos dias cada uno por su lado, y emprendimos la marcha por el valle donde se hallan los baños de *Kreuth*, que dejamos atrás, y fuimos á dormir á una aldea, cuyo nombre no recuerdo, sita en la orilla

de uno de los pintorescos lagos que tanto embellecen aquellas sierras.

La posada donde nos alojamos era una especie de *chalet* suizo con su ancho tejado, y aunque pobre como habitacion, todo estaba limpio como el oro, y la buena gente que la habitaba era tan amable y servicial que no podia ménos de agradar su sencillo trato más que las comodidades de una fonda de Injo. Estaba situada á veinte pasos del agua, en la falda de una montaña cubierta de árboles de varias clases, pero en su parte principal de pinos: á derecha é izquierda se veía el hermoso lago, con sus aguas de color azul celeste; enfrente se veían altas montañas, coronadas algunas de eternas nieves, y hácia el desagüadero del lago un pequeño grupo de casitas desparramadas que formaban la aldea. Entre la casa y el lago, ó más bien dentro de este, habia un cobertizo de dos pisos, formado el bajo por unos postes de madera hincados en el fondo del lago, que sostenian el armazon del piso superior, que consistia en cuatro tabiques y un techo sostenidos por unos palos, y un suelo de tablas que descansaban sobre las vigas que trababan la armazon del piso, y de las cuales faltaban muchas. El uso de este original edificio parecia ser para guardar las barquillas de los pescadores en el piso bajo, y acaso el heno para las cabras y vacas en el principal. Comola orilla estaba bastante elevada sobre el nivel del agua, este edificio tenia su entrada á flor de tierra por el piso superior.

Mientras la señora y los criados se ocupaban en instalarse lo mejor posible, Spence y yo nos dirigimos á esta barraca que nos habia chocado, y despues de admirar la belleza del paisaje, que se descubria mejor desde los ventanillos que habia en aquel granero, que desde la orilla, nos pusimos á mirar más detenidamente los pormenores de la habitacion. Bajo nuestros piés corrían las cristalinas aguas del lago, que veíamos con toda comodidad, pues como ya he dicho, faltaban muchas tablas, tanto, que en algunos tramos apenas habia las bastantes para andar con seguridad, con más motivo porque no estaban clavadas á las vigas ó soleras; lo que nos dió á entender que las quitaban ó ponian segun hicieran falta allí ó en otra parte. Mirando, pues, á uno y otro lado, vimos, gracias á la transparencia de las aguas, cómo se paseaban tranquilamente peces de varias clases y tamaños á media docena de pasos de nuestros piés: el viaje y el ejercicio nos habian despertado el apetito, y viendo tambien propicia la ocasion de ejercitar nuestras imaginaciones para discurrir el mejor modo de mejorar nuestra cena con la captura de algunos pescados, tuvimos consulta sobre los medios que se debian emplear para conseguir nuestro objeto.

No teniamos utensilios de pesca, y por lo tan-

to determinamos ir á la posada, y pedirle al patron escopeta y balas para ver si á tiros matábamnos algunos de aquellos hermosos peces. En efecto, provistos de dos armas, probablemente contemporáneas del emperador Carlos V, segun su venerable aspecto, y de un puñado de balas con su correspondiente pólvora, y sin necesitar pistones, por ser las llaves de chispas, cargamos y nos pusimos en acecho cada uno en un extremo de la habitacion, fijos los ojos en el agua, y el dedo sobre el gatillo. Al poco rato, mi compañero tiró y mató una hermosa *Perca* (no sé su nombre español, si es que le tiene), que pesaria una libra: yo entretanto estaba observando la marcha de un magnífico sollo (*Esoa Lucins*), que parecia dirigirse hácia aquel puerto ó dosel, no dando señales de haberse espantado de la explosion, y que á los dos minutos se colocó á mi alcance casi á flor de agua, siendo inmediatamente saludado con una bala detrás de las agallas, que le hizo dar la voltereta y quedar panza arriba sobre el agua. La poca corriente iba arrastrando, aunque despacio, á nuestras víctimas, hácia el desagüadero del lagó, por lo que saltamos á una barquilla, y fuimos en busca de nuestra presa, alcanzándola pronto, y volviendo á la orilla, donde nos esperaban con impaciencia.

R. A. M.

(Concluirá.)

CORRESPONDENCIA.

ANIMALES PELIGROSOS.

Sr. DIRECTOR DE La Caza.

Muy señor mio y de mi mayor consideracion: Tengo el gusto de remitir á V. algunas observaciones, por si las cree dignas de figurar en las columnas de su apreciable periódico.

En este país se reconocen dos clases de animales peligrosos, y además uno cuya mordedura produce instantáneamente la muerte. Las dos primeras son el alacran ó *Scorpio europæus* de Linneo, y la víbora ó *Coluber verus*, tambien de Linneo, y la tercera la constituye el alicante, no descrito por Linneo, animal fabuloso segun otros; pero que, aunque muchos ignoran y niegan su existencia, habita en la provincia de Córdoba, y no lejos de esta poblacion, perteneciendo á la clase de los ofidios.

Alacran aracnídeo de color pardo más ó ménos oscuro, con las patas y el último artículo de la cola de un pardo más claro amarillento; sierras en forma de corazon y angulosas; nueve dientes en cada peine; cuerpo prolongado, terminando repentinamente por una cola larga, delgada, compuesta de diez nudos, y terminada en una punta arqueada y muy aguda, ó en un aguijon que tiene debajo de su extremidad dos agujeritos por los cuales sale el líquido venenoso, que se halla contenido en un depósito interior. La picadura del alacran no siempre es peligrosa; pero alguna que otra vez produce accidentes graves y

alarmantes, lo que generalmente se atribuye á la edad del animal, que cuanta más tiene es más activo su veneno. Para corregir sus efectos, se emplea el álcali volátil, tanto interior como exteriormente; pero las gentes de campo, cuando en este ocurre la picadura, suelen beber aceite, meter la parte picada en agua caliente, si es posible, ó aplicarle paños de la misma; cuyo sencillo remedio dicen que calma los intensos y agudos dolores que produce; no faltando tambien quien aplique á la picadura ajos machacados con aceite, y aun el mismo alacran, si logran cogerlo. Habita entre las piedras movedizas, yerbas y pastos.

Víbora (*Coluber verus* de Linneo) es muy comun en este país: habita entre las piedras; pero con el calor suele buscar la frescura de las yerbas, ó estar á la sombra de los arbustos, y en las orillas ó márgenes de los rios y arroyos. Tiene de catorce á veinte pulgadas de largo y dos de grueso; piel escamosa; dorso negruzco ó de color de pizarra, con una raya negra en zig-zag á lo largo, y un orden de manchas negras á los lados; abdomen blanquecino; cabeza deprimida y triangular; ojos centellantes y lengua bifida, y el labio superior levantado hácia arriba; la mandíbula superior con dos colmillos movibles, agudos, huecos en toda su longitud, acanalados en la punta, y con una vegiguilla en la base, llena de un líquido amarillento muy venenoso, que pasa á la herida cuando muere, porque entonces comprime con los colmillos la vegiguilla. La mordedura de la víbora es bastante temible, aunque por aquí, excepto en los animales pequeños, y no á todos, no ha producido la muerte. Algunos aseguran que el veneno de este reptil tomado interiormente no es dañoso; otros, por el contrario, que no se debe intentar probarlo; yo por mi parte estoy por esto último. En los casos de mordedura se debe ligar la parte superior de la herida; despues dilatarla ó cauterizarla, lavándola tambien con el álcali volátil, y tomándole además en pequeñas dosis. En el partido de Fuente Ovejuna he visto un cazador provisto de una lesna, hecha su parte punzante de cuerno de venado, y me aseguró que cuando habia mordido una víbora á un perro se la habia introducido en todas direcciones en la mordedura, y le habia producido tan buenos resultados, que sin hinchárseles la herida, no habia dejado de cazar con ellos: sin embargo, no he tenido ocasion de probar la verdad de este relato.

Alicante, ofidio de veintisiete á cuarenta y cinco pulgadas de largo, por dos á dos y media de grueso; piel escamosa, dorso con manchas negruzcas en sus extremos, y color apizarrado en el centro, cuyas manchas están rodeadas de una especie de cadena de color de paja claro, hasta nueve pulgadas antes de llegar á la extremidad de la cola, que presenta una figura en forma de paralepípedos unidos, y concluye en la misma extremidad, aunque ya muy confusa; abdomen color de paja claro, pero que por la muerte del reptil se convierte en cobrizo claro, notándose además que, como en la parte superior, nueve pulgadas antes de llegar al extremo de la cola se presenta otra figura diferente de color apizarrado, en forma de zig-zag imperceptible; la cabeza es parecida á la de las culebras de agua. Tiene tambien unas manchitas negras adonde se unen los anillos de la figura de cadena, guardando proporcion con un salpicado color de paja claro. El color de este reptil, segun opinion de los inteli-

gentes campesinos, varía según la edad y los terrenos. Se alimenta de gazapos, pajarillos, etc., y habita comunmente entre las piedras. Su mordedura hasta hoy no se sabe haya tenido lugar en persona alguna, y si solo en los perros y ganado cabrio.

A varios cabreros he oído decir que en tiempo de calor suele posarse este terrible animal en las ramas del madroño, la jara, chaparro y otros arbustos, á lo que ellos llaman *enramarse*; y si al ir una res á tomar los cogollos para comerlos le toca, es cuando tiene lugar la mordedura, la que le hace exhalar un berrido triste, precursor de una muerte rápida, que al ocurrir deja la res negra como el carbon, por lo que la entierran al momento. He oído también á los mismos que este animal es de una ligereza asombrosa, y que corre con más rapidez que todos los de su especie; dando saltos bastante grandes, por lo que algunas veces le han visto atravesado por un tronco de jara, y deducen que al caer del salto, teniendo aquel la parte superior muy dura y puntiaguda, han recibido así la muerte. A esto le llaman *enjaronarse*.

A algunos cazadores he oído referir la muerte instantánea de sus perros ocasionada por la mordedura del alicante; pero siempre me ha merecido más crédito el relato de la ocurrida á un perro de un cuñado de mi particular amigo D. Miguel Lopez Arévalo, persona de gran veracidad, que la presencié en una cacería verificada con otros amigos no lejos de esta población; asegurándome que ni un tiro certero produce una muerte tan pronta.

Yo solo he visto tres alicantes muertos: uno de ellos, que me enseñó un trabajador, estaba metido en un agujero entre una piedra, y me ha servido para hacer la descripción anterior, no refiriéndome á sus colmillos, por haberle destrozado el tiro la cabeza. Por aquí creen muchos que estos animales son sordos, como la víbora es ciega, por lo que suelen decir que

Si el alicante oyera
y la víbora viera,
no hubiera hombre
que al campo saliera.

Ahora, contra la opinión de muchos, voy á concluir diciendo que he tenido lugar de observar el hecho de mamar una culebra á una mujer llamada María Seana, de la aldea de la Posadilla, partido judicial de Fuenteovejuna. Al pasar yo un día por dicho pueblo, se me presentó aquella mujer, creyendo que yo podía recetarla, por el hecho de ser hermano de un boticario, D. Acisclo Bermejo (Q. E. P. D.). Me dijo que su niña se iba demacrando y tenía la boca negra desde hacia seis ú ocho días, y que no sabía á qué atribuir cosa tan extraña. Yo, por mi parte, aunque nada entendía, la dije que había oído asegurar á personas fidedignas que las culebras maban á las mujeres; que entonces se observaban en los niños los síntomas que yo veía en su hija; y que podía cerciorarse tapando los agujeros que tuviese la habitación y echando ceniza á la entrada de ella. Efectivamente, aquella noche echó la ceniza, y sospechando que la culebra entraba por una puerta de la casa que daba al campo, extendió también una poca á la entrada, y por temor se dejó el candil encendido; por la mañana temprano se levantó, y á la entrada de la puerta ya citada se vió el rastro sobre la ceniza, pero que no pasaba á la habitación: lo que no sucedería por

haber visto la luz la culebra y haber sentido tal vez á la mujer, que no había pegado los ojos en toda la noche. Entonces, viendo una prueba tan clara, mandó llamar á su marido, que estaba en el campo, y en la noche inmediata se acostó este fuera de la habitación, y la mujer dentro; pero él provisto de una caja de fósforos, un candil y un palo. Aguardó el tiempo que le pareció, y encendiendo el candil, se fué de prisa á la habitación en que estaba su mujer, donde encontró á la culebra, que, al sentirlo sin duda, retrocedía, y la mató de dos garrotazos.

Cuando volví á dicha aldea se me presentó la mujer á darme las gracias llena de contento y satisfacción, pues su niña estaba trasformada completamente. Entonces me refirió cuanto llevo dicho, y me dió detalles de la culebra, que no llegaba á una vara ni era demasiado gruesa.

Restame decir que no sé por qué se obstinan algunos en creer que las culebras no maman por el poco desarrollo de sus lábios y no sé qué otras causas, pues la respetable autoridad de Buffon (tomo 2.º de los cuadrúpedos, folio 17), no duda que las cabras son mamadas por las culebras.

Creo, Sr. Director, haber sido demasiado prolijo en mis desaliñadas y poco gratas observaciones, pero me cabe la satisfacción de que no carecen de verdad (1).

Se repite suyo seguro servidor Q. B. S. M.

JOSÉ BERMEJO.

Mayo 19 de 1867.

VARIEDADES.

LA CAZA DEL MIRLO.

POR ALEJANDRO DUMAS.

(Continuacion.)

«Mi querido M. Lonet.»

A pesar de mi impaciencia por enterarme del contenido, no puede menos de suspender la lectura. ¡Calla! dije yo para mí, ¡por lo visto Rina me conoce! y continué leyendo:

«Ya conoce V. que la gente con quien me encuentro me gusta tan poco como á V.; pero para huir de ellos sin peligro, necesitamos mucha más prudencia que resolución. Confío en que cuando llegue el caso no le faltarán ni la una ni la otra: yo misma le daré ejemplo, y mientras llega ese momento finja V. que no me conoce.

«Hubiera tenido mucho gusto en devolverle el «solitario, que ya he visto miraba V. muchas veces con pena; pero por ahora le conservaré, porque le necesito para nuestra comun salvacion.

«Adios, mi querido M. Lonet; espero que algun dia nos volveremos á ver, V. en la orquesta y yo en el tablado del teatro de Marsella.—Zefrina.»

«P. D. Tráguese V. este billete.»

VII.

La firma me lo explicó todo. Efectivamente, era la misma graciosa Zefrina que yo había conocido en el teatro de Marsella, en el cual había logrado tal aceptación, que fué ajustada en el

(1) La mejor prueba del aprecio que nos merece esta carta, es el habernos apresurado á insertarla.
(N. del D.)

mismo por tres años seguidos. M. Mery no puede acordarse de ella, porque sería entonces muy niño.

Vean Vds., señores, por qué casualidades se encuentra uno con sus antiguos conocidos cuando menos lo espera.

Volvi á leer otra vez aquel billete, y entonces me chocó la advertencia de la posdata. «Tráguese V. este billete.» Era muy prudente hacerlo así, pero no muy gustoso. Sin embargo, me propuse ejecutar lo que me encargaba Zefirina, y me quedé dormido con más tranquilidad, sabiendo que entre aquella gente podía ya contar con una amiga.

Estaba en lo mejor de mi sueño, cuando sentí que me agarraban por el brazo. Abrí los ojos y estornudé: me parece que ya he dicho que tengo esta costumbre al despertar. El que se tomaba aquella libertad conmigo era el mismo Picard, el teniente de aquella compañía de bandidos.

—¡Alerta! ¡alerta! me dijo; los húsares han llegado á Montepulsiano, y dentro de un cuarto de hora vamos á marchar.

Dí un brinco desde la cama hasta donde estaban los vestidos; aquellas malditas balas todavía me estaban silbando en los oídos.

Zefirina fue la primera persona que encontré al salir de mi cuarto; estaba muy alegre. Yo admiraba cada vez más aquel temple de alma que manifestaba en momentos tan apurados, y resolví hacer cuanto pudiera para imitarla. Mientras tanto, para que no estuviera con cuidado, la hice una señal con la mano significándola que ya me había tragado su billete; y conociendo sin duda que si no había tomado otra cosa, esto no era bastante para mantenerme, volviéndose hacia el capitán y riendo, le dijo: Tonino, nuestra orquesta hace señas de que tiene la barriga tan hueca como su violon; ¿no tendría tiempo para tomar siquiera un bocado?

—¡Bah! ¡bah! ya comerá en Sorano.

—Pues qué, ¿ya estamos corrientes? preguntó Zefirina.

—Aguarda, voy á verlo, respondió el capitán, y se salió hacia el patio de la casa. —¿Siamo pronti? preguntó.

Zefirina corrió al mismo tiempo á la ventana, sacó del dedo mi solitario, y con la mayor ligereza escribió alguna cosa en una de las vidrieras.

Al entrar el capitán, la encontró ya en el mismo punto donde la había dejado.

—Vamos, vamos; ya descansaremos, dijo aquel, en Sorano. Es preciso, murmuró entre dientes, que alguno nos venda, ó que estos húsares tengan el demonio en el cuerpo.

Después, haciéndome una seña para que yo pasase delante, dió el brazo á Zefirina y bajamos todos.

Los caballos estaban ya dispuestos como la noche antes: se tomaron las mismas prevenciones, y nos pusimos en camino de la misma manera, pero con la sola diferencia de que como salimos ya de día, llegamos un poco más tarde por la noche.

No quiero dejar de decir que poco ó nada encontramos que comer en el miserable albergue adonde nos había conducido el capitán; y que si no hubiera tenido la bondad Zefirina de darme la mitad de su cena, por aquella noche me hubiera también acostado sin desayunarme en todo el día.

Apenas habrían pasado diez minutos, empecé á oír una trapisonda de todos los diablos. Salté

de la cama, tomé mi ropa, y entreabrí la puerta del cuarto preguntando: ¿qué hay? ¿qué hay? La pieza inmediata estaba llena de bandidos.

—Lo que hay, me contestó el teniente de la cuadrilla, lo que hay es que estamos cercados por estos condenados húsares, y que es preciso que haya entre nosotros algún traidor. ¡Mal rayo! si supiera que tú....

—¡Di qua! ¡di qua! dijo el posadero, abriendo una puerta que comunicaba á una escalera secreta.

El capitán bajó el primero, llevando de la mano á Zefirina: Picard me hizo ir detrás, y los demás de la partida nos siguieron.

Concluida la escalera, el posadero se metió en la leñera, y levantó una trampa que estaba oculta en un rincón. El capitán se descolgó por ella sin hablar una palabra, y bajó por una escalera de mano sosteniendo á Zefirina. Todos nosotros le seguimos después. El posadero dejó caer la trampa, y oí que la cubría con gruesos pedazos de leña. Picard quitó inmediatamente la escalera, de manera que hubieran necesitado saltar de uno en uno, y desde quince pies de altura, para poder bajar al subterráneo donde nos encontrábamos.

Excuso decirlo que aproveché el primer momento que tuve para ponerme los calzones y la ropa que llevaba en la mano.

Al cabo de un instante, oímos golpear á la puerta como si fueran á echarla al suelo.

—¿Y schioppi sono caricati? preguntó el capitán.

Como esta había sido la misma pregunta que me había hecho el conductor, la entendí al momento: y también oí al instante el ruido de las baquetas de aquellos que no habían cargado sus carabinas.

(Continuará.)

CRONICA.

Hemos oído hablar de la próxima aparición de un libro titulado *La caza con relacion á la propiedad*. Parece que su objeto es deslindar los derechos y deberes de cazadores y propietarios.

Si la publicación de dicha obra llega á tener efecto, nos ocuparemos de ella con el detenimiento debido.

Las láminas del trimestre actual las publicaremos juntas, como las del anterior; pero como al mismo tiempo estamos adelantando los trabajos, en adelante se repartirá siempre una con cada número de último de mes.

Según dijimos en el número anterior, el correspondiente al 10 de Junio tendrá más lectura que los mayores que hemos repartido hasta ahora, pues no corresponderíamos á la confianza que nos dispensan nuestros abonados si aplazáramos demasiado la publicación de trabajos de interés ó de actualidad, por evitarnos un pequeño desembolso, que haremos con gusto, siguiendo nuestro propósito de dar cuando nos sea posible más de lo que hemos ofrecido.

El famoso cazador del rey, Manuel de la Torre Sardinero, conocido por el *Chelín*, ha dado muerte de un tiro en la real posesión de Riofrio á un lobo que se había hecho temible por haber muerto y destrozado á mas de 10 gamos. El mismo

Chelín ha aprovechado el tiempo empleado en la persecucion de aquella fiera, matando mas de cuarenta animales dañinos entre zorras, tejones y garduñas.

Por la alcaldía-corregimiento de esta corte se ha publicado el 16 del actual un bando encaminado á exterminar los perros vagabundos. Sensible es que haya de apelarse al remedio extremo de matar los perros que no lleven bozal; pero en efecto, es tal el número de los que pululan por las calles sin tener dueño, que llegan ya á cerca de dos mil los que han sido muertos por consecuencia del bando. Debería, en nuestro concepto, estudiarse el medio de evitar el mal por otro camino. Entretanto no nos queda otro recurso que tener presos en esta época á nuestros perros.

Hé aquí la parte dispositiva de dicho bando:

1.º No se consentirán en la poblacion los perros alanos, mastines y de presa; cuando hubieren de atravesarla, deberán llevar siempre bozal, y ser conducidos con una cuerda lo más de vara y media.

2.º Todos los perros que tengan dueño llevarán bozal, ajustado de manera que no puedan morder ni causar daño; los que por sus circunstancias particulares no puedan usarle, no saldrán á la calle sino sujetos con un cordón que han de llevar constantemente en la mano las personas que los conduzcan, mayores de diez y seis años.

3.º Desde el día 20 del corriente en adelante se dará muerte á los perros por medio de las sustancias preparadas al intento. Esta operacion se ejecutará todos los días del año, sin que preceda otro aviso que la publicacion de este bando. La distribucion de la estrignina se hará por los dependientes de mi autoridad.

4.º Se considerarán perros vagabundos todos los que se hallen en las calles de la poblacion y sus afueras que no lleven bozal ni se conduzcan en la forma prevenida.

5.º No tendrán derecho á reclamacion alguna los dueños de los perros que sean envenenados por descuido de aquellos y falta de cumplimiento á este bando.

6.º Queda rigurosamente prohibido á los traperos, rebuscadores y cualquiera otra persona, recoger los perros muertos, tanto para extraerlos como para utilizar su aprovechamiento.

7.º Con la debida anticipacion saldrá el número de carros y dependientes que se estime necesario para recoger los perros que se hallen muertos, conduciéndolos á los hoyos preparados para su enterramiento, donde se cubrirán con capas de cal viva y tierra.»

Un periódico de Londres reproduce la noticia que copiamos á continuacion:

«El doctor señor Figg daba la siguiente receta para curar la mordedura del perro rabioso, que él habia aplicado las seis veces que fué mordido por aquella especie de animal en estado hidrófobo, asegurando no tenia inconveniente en dejarse morder del mismo modo para comprobar la bondad y eficacia de su receta. Consiste esta en disolver una libra de sal comun en media azumbre de agua; y despues de estrujada la mordedura para arrojar alguna sangre, lavarla durante una hora con dicha solucion, pasado cuyo tiempo se pondrá una porcion de sal en polvo sobre la mordedura y se mantendrá así ligada por espacio de doce horas. Parece que fueron numerosísi-

mas las curaciones hechas por el doctor Figg de este modo tan sencillito y económico.»

De Villanueva y Geltrú nos dice uno de nuestros amigos lo siguiente:

«Desde el Jueves Santo, día en que hubo buena entrada de codornices, hasta estos ultimos días, nos hemos divertido mucho, pues ha sido uno de los años más favorables.»

Por el corregimiento de Sevilla se ha publicado el siguiente bando con fecha 8 del actual:

«Temiendo esta alcaldía el riesgo de que se desarrolle la hidrofobia en los perros, durante la estacion próxima, ha resuelto, para precaver sus funestas consecuencias y cumplir disposiciones superiores, lo siguiente:

1.º Todos los perros que transiten por las calles, ú otro cualquier sitio público, llevarán, desde el día 15 del presente mes, bozales con alambrados que cubran completamente el hocico, á fin de que no ocasionen desgracia alguna.

2.º Los perros que despues del susodicho término circulen sin la precaucion antes expresada, serán recogidos por los subalternos municipales y muertos por medio de la estricnina, con arreglo á lo dispuesto en la Real instruccion de 17 de Julio de 1863; quedando no obstante sus dueños sujetos á la responsabilidad oportuna por la falta de cumplimiento al precedente mandato.

3.º Los dueños de los perros se abstendrán de maltratarlos y sujetarlos á largas privaciones de alimento ó bebida, á fin de que no se excite su predisposicion á la rabia con semejantes tratamientos. Tampoco los hostilizarán los transeúntes, respondiendo los padres ó curadores de los excesos de sus hijos ó pupilos en este punto.

4.º Prohibese arrojar al campo animales muertos, que sirviendo de pasto á los perros puedan transmitir las enfermedades favorables á la produccion de la hidrofobia.

5.º Si fuere ofendida alguna persona por un perro, se dará inmediato parte á esta alcaldía, tanto la familia interesada, como por el primer facultativo que la reconozca, para favorecerla desde luego con los auxilios que estén á mi alcance, poner en observacion al animal antes de darle muerte, y practicar la informacion prevenida por la antedicha instruccion régia.

6.º Los alguaciles y guardias municipales quedan encargados de vigilar sobre la puntual observancia de las disposiciones que contiene este edicto.»

Un jóven concibió la idea de ahogar á su perro. Introducido en una barca le arrojó á la corriente de un río, y armado de un remo le impedía llegar á la ribera. Mientras se ocupaba de tan cruel operacion, pierde el equilibrio y cae al agua, donde infaliblemente habria perecido, si el perro á quien queria ahogar no le hubiera prestado su socorro, ayudándole á llegar hasta la orilla. ¡Buena leccion de moral!

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. Domingo de Castro,

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Márcos, 26.